

aquel carácter de formalidad *legal* que la *Novísima* ecsige para casos semejantes!

Dia 1.^o de marzo era... me acordaré toda mi vida... y acababa yo de despertarme y de implorar la proteccion del Santo Angel de la Guarda, cuando ví aparecer en mi estudio una de estas figuras agoreras que un autor romántico no dudaría de calificar de *siniestro bulto*; un poeta satírico apellidaria *espía del purgatorio*; pero yo, á fuer de escritor castizo, me limitaré á llamar simplemente *un escribano*. Venia, pues, cubierto de negras vestiduras (segun rigorosa costumbre de estos señores, que siempre llevan luto, sin duda porque heredan á todo el mundo), y con semblante austero y voz temblorosa y solemne me hizo la notificacion de su nombre y profesion.— *Fulano de tal, secretario de S. M...* — Confieso francamente que aunque mi conciencia nada me argüía, no pudo menos de sorprenderme aquella ecsótica aparicion... ¡Un escribano en mi casa! ¿pues en qué puedo yo ocupar á estos señores...? ¿Denuncias...? Yo no soy escritor político, ni tal permita Dios. ¿Notificacion? Con todo el mundo vivo en paz, é ignoro siquiera dónde se vende el papel sellado. ¿Protesta? Un autor no conoce mas letras que las de imprenta. ¿Pues qué puede ser? — Voy á decírselo á usted, me replicó el escribano, aunque me sea sensible el alterar por un momento su invariable tranquilidad.

Ignoro si usted es sabedor de que su amigo

don Cosme del Arenal está enfermo. — ¿Cómo? ¿pues cuándo, si hace pocas noches que estuvo jugando conmigo en Levante una partida de dominó? — Pues en este momento se halla muy próximo á llegar á su ocaso. — ¿Es posible? — Sí señor; una pulmonía, de estas pícaras pulmonías de Madrid, que traen aparejada la ejecución; letras de cambio, pagaderas en el otro barrio á cuatro días, fijos, y sin cortesía (con arreglo al art. 447, título 9.^o, libro 2.^o del código de comercio), ha reducido al don Cosme á tal estremidad, que en el instante en que hablamos se halla, como si dijéramos, apercibido de remate, y á menos que la divina Providencia no acuda á la mejora, es de creer que quede adjudicado esta misma tarde al señor cura de la parroquia.

Viniendo ahora á nuestro propósito, debo notificar á usted *pro forma*, como el susodicho don Cosme hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama *in articulo mortis*, á causa de una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento, y declarar su última voluntad, ante mí el infrascrito escribano real y del número de esta M. H. Villa, segun y en los términos en él contenidos, y son como sigue. — Y aquí el secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento desde el *In dei nomine* hasta el signo y rúbrica acostumbrado; y por la dicha lectura vine en co-

nocimiento de que el moribundo don Cosme habia tenido la tentacion (que tentacion sin duda debió de ser) de acordarse de mí para nombrarme su albacea, y encargado de cumplir su disposicion final.

Héme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte, y si me era doblemente sensible y doloroso, déjolo á la consideracion de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fue marchar precipitadamente á la casa del moribundo, para recoger sus últimos suspiros y asistir y consolar á su desventurada familia. — Encontré aquella casa en la confusion y desorden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aqui y alli con cataplasmas y vendajes; los amigos hablándose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete á llevar el último alcance á la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino á darla aun mayor interes: ya se habia traslucido el papel que me tocaba en ella, que si no era el de primer galan (porque este nadie se le podia disputar al doliente), era por lo menos el de barba característico, y conciliador del *interes* escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, parientes,

criados, y demas referentes al enfermo, me debian consideraciones, que yo no comprendí por el pronto, aunque en lo sucesivo tuve ocasion de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba el bueno de don Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos críticos entre la vida y la muerte, de que volvió por un instante á fuerza de álcalis y martirios. Su primer movimiento al fijar en mí la vista, fue el de derramar una lágrima; quiso hablarme, pero apenas se lo permitian las fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en muy distantes períodos, creí escucharle estas palabras... "Todos me dejan... mis hijos... mi muger... el médico... el confesor..." — ¿Cómo? exclamé conmovido: ¿en qué consiste esto? ¿Por qué causa semejante abandono? — No haga usted caso (me dijo llamándome aparte un jóven muy perfumado, que, sin quitarse los guantes, aparentaba aprocsimar de vez en cuando un pomito á las narices del enfermo), no haga usted caso, todos esos son delirios, y se conoce que la cabeza... Vea usted, aqui hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañãna temprano, pero viendo que no tenia remedio, se despidió y... por señas que dejó sobre la chimenea la certificacion para la parroquia... el confesor queria quedarse, es verdad; pero le hemos disuadido, porque al fin ¿qué se adelanta con entristecer el pobre paciente? En cuanto á la señora, ha sido preciso hacerla que

se separase del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad, que los nervios se resentian, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que da al jardin; por último, los niños tambien incomodaban, y se ha encargado una vecina de llevarlos á pasear. — Todo eso será muy bueno, repliqué yo, pero el resultado es que el paciente se queja. — ¡Preocupacion! ¿quién va á hacer caso de un moribundo? — Sin embargo, caballero, la última voluntad del hombre es la mas respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa á su esposa, interesa á sus hijos, interesa á la sociedad entera el recoger cuidadosamente sus últimos acentos. — ¡Bah! ¡antiguallas del siglo pasado! dijo el caballero, y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete del jardin.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes, conmovidos por aquel terrible espectáculo, fueron desapareciendo, y solo dos criados, un practicante y yo quedamos á ser testigos de su último suspiro, que á la verdad no se nos hizo esperar largo rato.



II.

«Pompa mortis magis terret quam mors ipsa.»

El difunto don Cosme habia casado en segundas nupcias á la edad de 59 años con una mujer jóven, hermosa y petimetra... puede calcularse por estas circunstancias la esquisita sensibilidad de la recién viuda, y cuán natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte. — La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó á ser mensajero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa, reclinada en un elegante sofá, y asistida por diversidad de caballeros con la mas interesante solicitud. Al verme entrar la señora, se incorporó, y alargándome su blanca mano, hubo aquello de respirar agitada, y sollozar, y desvanecerse, y caer redonda en el almohadon. Aquí la tribulacion de aquellos rutilantes servidores; aquí el sacar elicsirs y esencias antiespasmódicas; aquí el aflojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro, y hacer aire con el abanico... ¡Qué apurados nos vimos...! Pero en fin pasó aquel terrible momento, y la viuda pareció en fin resignarse con la

voluntad del Señor, y aun nos agradeció á todos nominalmente por nuestros respectivos ausilios, como si ninguno se la hubiera escapado, en medio de la *ofuscacion de su vitalidad*, que así la llamó mi interlocutor de la alcoba.

Pero como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, vi que era ya llegada la hora de neutralizar la profunda afliccion de la viudita con la lectura del testamento de don Cosme, en el cual este buen señor, con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio), hacia en favor de su consorte todas las mejoras que le permitian nuestras leyes; rasgo de heroicidad conyugal que no dejó de escitar las mas vivas simpatías en la agraciada y en varios de los afligidos concurrentes.

Desde este momento quedé instalado en mi fúnebre encargo, y despues de tomar la vénia de la señora, pasé á dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto, dejando como dejaba su decoro en manos tan entendidas y generosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servia de escena á otra transformacion no menos singular, cual era la que habia experimentado el difunto en las diligentes manos de los enterradores, de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé á aquel sitio ya me encontré al buen don Cosme convertido en reverendo

P. Fr. Cosme, y dispuesto al parecer y resignado á tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como antes que esto pudiera verificarse era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme á ella para negociar el precio y demas circunstancias de aquel viaje final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecedentes de esta historia no me hubieran ya obligado á dilatarme mas que pensé, ocuparia un buen rato la atencion de mis lectores para transcribir aqui el episodio del dicho ajuste, y las diversas escenas de que fui actor ó testigo durante él en el despacho parroquial. — Pero baste decir que despues de largas y sostenidas discusiones sobre las circunstancias del muerto, y la clase de entierro que segun ellas le correspondia, despues de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral, despues de arreglar lo mas económicamente posible la tarifa de responsos, tumba, crucero, sacerdotes, sacristan, acólitos, capa, clamores, ofrenda, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias, cera de tumba, santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa, y oblata cuarta parroquial, quedó arreglado un entierro muy decentito y cómodo *de segunda clase* en los términos siguientes:

PANORAMA MATRITENSE.

	<i>Reales.</i>
A la parroquia, dependientes y cera. . .	1712
Ofrenda para los partícipes.	630
Dos bajones y seis cantores con el fa- cistol, á veinte y cuatro rs.	192
Dos filas de bancos.	80
Nicho para el cadáver y el capellan del cementerio.	490
Bayetas para entapizar el suelo y cu- brir el banco travesero, diez piezas, á diez rs. y veinte y cuatro mrs. . .	107—2
Seis hachas para el túmulo, á ocho rs.	48
La cuarta parte de misas para la par- roquia.	250
	<hr/>
	3509—2

Ya que estuvo esto arreglado convenientemente, solo tratamos de echar, como quien dice, el muerto fuera, pues todo el empeño de los amigos, y aun de la misma viuda, era que no pasara la noche en la casa, por no sé qué temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Balzac.

En los tiempos antiguos, cuando la civilización no había hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria uno, dos, ó mas días, con gran acompañamiento de blandones y veladores, responsos y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad, alternaban religiosamente en su custo-

dia, ó venian á derramar lágrimas y dirigir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la religion y la filosofia encontraban en este patético espectáculo ámplio motivo á las mas sublimes meditaciones. Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invencion de los nervios (que no data de muchos años), nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aun no habrán enfriado la cama, cuando de incógnito, sin aparato plañidero, y como dicen los franceses *á la derobee*, serán conducidos en hombros de un par de mozos como cualquiera de los trastos de la casa; v. gr., una tinaja, un piano, ó una estatua de yeso. Luego que le hayan entregado al sacristan de la parroquia, este le hará colocar en una cueva muy negra y muy fria, y dando el gesto á una rejilla que arranca sobre el piso de la calle, le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela, y se asomarán, y harán muecas al difunto, y dirán á carcajadas: “¡qué feo está!” y los elegantes al pasar se taparán las narices con el pañuelo, y las damas exclamarán: “¡Jesus qué horror! ¿por qué permitirán esta falta de policia?”

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañanita, con la fresca, le volverán á coger los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente á la llanura de Chamberi,

ó le bajarán á las márgenes del Manzanares, donde sin mas formalidad preliminar, pasará á ocupar su hueco de pared en aquella monótona anaquelaría con su número corriente y su rótulo que diga: "Aqui yace don Fulano de tal;" y sin mas dísticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni coronas de siemprevivas, se quedará tranquilo en aquel sitio, sin esperar otras visitas que las de los murciélagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le venga á despertar la trompeta del juicio. Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores, para las humildes sepulturas de la aldea, adonde todos los dias al tocar de la oracion vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos á dirigir al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana que solo la verdadera religion puede inspirar. Nosotros, los madrileños, somos mas desprendidos; para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza á recorrerle.



III.

*«Vestida toda de luto,
cédula que dice al aire,
aquí se alquila una boda,
el que quiera que no tarde.»*
Castro, comedia antigua.

A los cuatro días de muerto don Cosme se celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de Holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes á El Excmo. Sr. Secretario de estado y del despacho de la Guerra, por no sé qué fuero militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y además, por advertencia de la viuda, que quería absolutamente prescindir de recuerdos dolorosos, no olvidé estampar al final de la esquela y en muy bellas letras góticas la consabida cláusula de

El duelo se despide en la Iglesia.

Llegado el momento del funeral, ocupé con el confesor y un vetusto pariente de la casa el banco travesero ó de ceremonia, y muy luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, ami-

gos y contemporáneos del anciano don Cosme, que venian á tributarle este último obsequio, y de paso á contar el número de bajones y de luces para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto á la nueva generacion, no tuvo por conveniente enviar sus representantes á esta solemnidad, y creyó mas análogo el permanecer en la casa procurando distraer á la señora.

Concluido el *De profundis*, con todo el rigor armónico de la nota, y despues de las últimas preces dirigidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunviral, en tanto que se apagaban las luces, y que las campanas repetian su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías á las que nos eran dirigidas por cada uno de los concurrentes al desfilar hácia la puerta, hasta que cumplido este ligero ceremonial pudimos disponer de nuestras personas. Y sin embargo de que ya la costumbre ha suprimido tambien la solemne recepcion del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pie de banco y yo creimos oportuno el pasar á dar cuenta de nuestra comision á la señora viuda.

Hallábase esta en la situacion mas sentimental, envuelta en gasas negras que realzaban su hermosura, y con un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponía largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, tambien enlutadas, que la te-

nian cogida de entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una elegía al mismo Tibulo. — A uno y otro lado del sofá alternaban interporlados diversas damas y caballeros (todos de este siglo), que en voz misteriosa entablaban *apartes*, sin duda en alabanza del finado. Nuestra presencia en la sala causó un embarazo general; los duos *sotto voce* cesaron por un momento; la viuda como que hubo de llamar en su auxilio la *ofuscacion vital* del otro dia; pero luego aquellas amigas diligentes acertaron á distraer su atencion enseñándola las viñetas del “*No me olvides*,” y de aqui la conversacion volvió á reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetia, aunque en vano, su título. Despues se habló de viajes, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura; y la viuda parecia recobrase á la vista de aquellos halagüeños cuadros, como la mústia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¡Qué consejos tan profundos, qué observaciones tan acertadas se escucharon alli sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor...! Viendo, en fin, mi compañero y yo que íbamos siendo alli figuras tan ecsóticas como las del *silencio* y la *sorpresa* que adornaban las rinconeras de la sala, tratamos de despedir—

nos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo!) atravesando la sala é interponiéndose delante de la viuda, compungió su semblante é iba á improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan "*Que Dios*" y concluyen "*por muchos años,*" cuando yo, observando su imprudencia y lo mal recibido que iba á ser este apóstrofe ecstemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré hácia la puerta diciéndole: "*Hombre de Dios, ¿qué va usted á hacer? ¿no sabe usted que *El duelo se ha despedido en la iglesia?*"*"



El cesante.



« Les hommes en place ne sont que des pantins; coupez le fil qui le faisoit mouvoir, le pantin reste immobile. »

Diderot.

La sociedad moderna con su movilidad y fantasías, ofrece al escritor filósofo usos tan estravagantes, caracteres tan originales que describir, que espontáneamente y sin violencia alguna han de hacerle distinguirse entre los que le precedieron en la tarea de pintar á los hombres y las cosas en tiempos mas unísonos y bonancibles.

Uno de estos tipos peculiares de nuestra época, y tan frecuentes en ella como desconocidos fueron de nuestros mayores, es sin duda alguna el hombre público reducido á esta especie de muerte civil, conocida en el diccionario moderno bajo el nombre de *cesantía*, y ocasionada no por la notoria incapacidad del sugeto, no por la necesidad de su reposo, no en fin por delitos ó faltas cometidos en el desempeño de su destino, sino por un capricho de la fortuna, ó mas bien de los que mandan á la fortuna, por un vaiven político, por

un *fiat* ministerial, por aquella ley en fin de la física que no permite á dos cuerpos ocupar simultáneamente un mismo espacio.

Fontenelle solia decir que el *Almanak royal* era el libro que mas verdades contenia; si hubiera vivido entre nosotros y en esta época, no podria aplicar igual dicho á nuestra *Guia de forasteros*. Esta (segun los mas modernos adelantamientos) no rige mas que el primer mes del año; en los restantes solo puede consultarse como documento histórico; como el ilustre panteon de los hombres que pasaron; monetario roñoso y carcomido; museo antiguo ofrecido á los curiosos con su olor de polvo y su ambiente sepulcral.

Fueron ya los tiempos en que el afortunado mortal que llegaba á hacerse inscribir en tan envidiado registro, podia contar en él con la misma inamovilidad que los bienaventurados que pueblan el calendario. En aquella eternidad de existencia, en aquella unidad clásica de accion, tiempo y lugar, los destinos parecian segundos apellidos, los apellidos parecian vinculados en los destinos. Ni aun la misma muerte bastaba á las veces á separar los unos de los otros; transmitíanse por herencia directa ó transversal, descendente ó ascendente; á los hijos, á los nietos, á los hermanos, á los tios, á los sobrinos; muchas veces á las viudas, y hasta á los parientes en quinto grado. De este modo ecsistian familias verdaderos planteles (*pepinieres* en francés) para las respectivas carreras

del estado; tal para la iglesia, cual para la toga, esta para el palacio, estotra para el foro, aquella para la diplomacia, una para la militar, otra para la rentística, cuales para la municipal, y hasta para la porteril y alguacilesca; familias venerandas, providenciales, dinásticas, que parecian poseer esclusivamente el secreto de la inteligencia de cada carrera, y transmitirlo y dispensarlo únicamente á los suyos, cual el inventor de un bálsamo antisifilítico, ó de un emplasto febrífugo, endona y transmite sigilosamente á su presunto heredero el inestimable secreto de su receta.

Desgraciadamente (para ellas) estos tiempos desaparecieron, y con ellos el esclusivo monopolio de los empleos y distinciones sociales. Hoy estos corren las calles y las plazas, y penetran en los salones, y suben á las boardillas; y bajan al taller del artesano, y arrancan al escolar del aula, y al rústico de la aldea, y al comerciante de la tienda, y al atrevido escritor de la redaccion de su periódico; pero á par de esta universalidad de derecho, de esta posibilidad en su adquisicion á todas las condiciones, á todos los individuos, asi es tambien la inconstancia de su posesion, la veleidosa rapidez de su marcha. Semejantes á los actores de nuestros teatros, los hombres públicos del dia aprenden costosamente su papel, y no bien le han ensayado cuando ya se les reparte otro ó se quedan las mas veces para *comparsas*; hoy de magnates, mañana de plebe; ora dominantes, luego

dominados; tan pronto de Césares, tan luego de Brutos; ya de la oposicion, ya de la resistencia; cuándo levantados como ídolos, cuándo arrastrados por los pies.

Esta porcion agitada, esta masa flotante de individuos que forman lo que vulgarmente suele llamarse *la patria*, viene á constituir el mas entretenido juego teatral para el modesto espectador que sentado en su luneta, y sin otra obligacion que la de pagar cuando se lo mandan (obligacion no por cierto la mas lisonjera ni agradecida), apenas tiene tiempo de formarse una idea bien clara de los actores ni aun del drama, y con la mayor buena fé, atento siempre á los movimientos del patio, aplaude lo que este aplaude, y silba cuando este tiene por conveniente silbar.

Pero dejemos á un lado los hombres en accion; prescindamos de este cuadro animado y filosófico, digno de las plumas privilegiadas de un Cervantes ó del autor de Gil Blas; mi débil paleta no alcanza á combinar acertadamente los diversos colores que forman su conjunto; y volviendo á mi primer propósito, solo escogeré por objeto de este artículo aquellas otras figuras que hoy suelen llamarse *pasivas*; dejaremos los hombres *en plaza* por ocuparnos de los hombres *en la calle*; los empleados *de labor*, por los empleados *de barbecho*; los que con mas ó menos aplauso ocupan las tablas, por aquellos á quienes solo toca abrir los palcos ó encender las candilejas.

Como no todos los lectores de este artículo tienen obligacion de haberlo sido de todos mis anteriores cuadros de costumbres, muchos habrá que no tengan noticia de las varias figuras que segun lo ha ecsigido el argumento han salido á campear en esta mágica linterna. Tal podrá suceder con *don Homobono Quiñones*, empleado del antiguo y ex-vecino mio, cuyo carácter y semblanza me tomé la libertad de rasguñar en el artículo titulado *El dia 30 del mes (1)*.

Cinco años han transcurrido desde entonces, y en ellos los sucesos, marchando con inconcebible rapidez, han arrastrado tras sí los hombres y las cosas, en términos que lo de ayer, es ya antiguo; lo del año pasado, inmemorial.

Pongo en consideracion del auditorio qué parecerá don Homobono con sus sesenta y tres cumplidos, su semblante jovial y reluciente, su peluca castaña, su corbata blanca, su vestido negro, su paraguas encarnado y sus zapatos de castor; ni si un hombre que no se sienta á escribir sin haberse puesto los guardamangas, que no empieza ningun papel sin la señal de la cruz, ni le concluye sin añadirle puntos y comas, podia alternar decorosamente con los modernos funcionarios en una oficina *montada* segun los nuevos adelantamientos de la ciencia administrativa.

No es, pues, de estrañar que pesadas todas

(1) Véase el tomo I del *Panorama Matritense*.

aquellas circunstancias, y puestos en una balanza la peluca del don Homobono, sus años y modales, su aÑejo formulario, su letra de Palomares, sus anteojos á la Quevedo, su altísimo bufete y sus carpetas amarillas; y colocadas en el otro peso las flamantes cualidades de un jóven de 28, rubicundo Apolo, con sus barbas de á terciá, y su peinado á la Villamediana; su letra inglesa, sus espolines y su lente, su erudicion romántica, y la estension de sus viajes y correrías; no es de extrañar, repito, que todas estas grandes cualidades inclinasen la balanza á su favor, suspendiendo en el aire al don Homobono, aunque se le echasen de añadidura sus treinta años de servicio puntual, sus conocimientos prácticos, su honradez y probidad no desmentidas. Verdad es que para neutralizar el efecto de estas cualidades, cuidó de echarse mano de algunas muletillas relativas á las opiniones del don Homobono; v. g., si no leía mas periódicos que el Diario; si rezaba ó no rezaba novenas á santa Rita; y si paseaba ó no paseaba todas las tardes hácia Atocha con un ex-consejero del ex-consejo de la ex-hacienda,

Sea, pues, de estas causas la que quiera, ello fue en fin, que una maÑanita temprano, al tiempo que nuestro *bonus vir* se cepillaba la casaca y se atusaba el peluquin para trasladarse á su oficina, un cuerpo extraño á manera de portero se le interpone delante y le presenta un pliego á él dirigido con la S. y la N. de costumbre; el desven-

turado rompe el sello fatal, no sin algun sobresalto en el corazon (que suele no engañar en tales ocasiones), y lee en claras y bien terminantes palabras, que S. M. ha tenido á bien declararle *cesante*, proponiéndose tomar en consideracion sus servicios &c., y terminando el ministro su oficio con el obligado sarcasmo del "*Dios guarde á usted muchos años.*"

Hay circunstancias en la vida que forman época por decirlo asi; y el tránsito de una ocupacion constante á un indefinido reposo, de una tranquila agitacion á una agitada tranquilidad, no es por cierto de las menores peripecias que en este pícaro drama de nuestra ecsistencia suelen venir á aumentar el interes de la accion. Don Homobono, que por los años de 1804 habia logrado entrar de meritorio en su oficina por el poderoso influjo de una prima del cocinero del secretario del príncipe de la Paz, y no habia pensado en otra cosa que en ascender por rigurosa antigüedad, se hallaba por primera vez de su vida en aquella situacion escéntrica, despues de haber visto pasar sobre su impermeable cabeza todos los sistemas retrógrados y progresivos, todas las formas de gobierno conocidas de antiguos y modernos.

Volvió, pues, á su despacho; dejó en él con dignidad teatral los papeles y el cortaplumas; pasó al cuarto de su esposa, con la que alternó un rato en escena jaculatoria; tomó una copita de Jerez (remedio que aunque no le apuntó el an-

daluz Séneca, no deja de ser de los mas indicados para la tranquilidad del ánimo), y ya dadas las once, se trasladó en persona á la calle, donde es fama que su presencia á tales horas, y en un dia de labor, ocasionó una consternacion general, y hasta los mas reflexivos de los vecinos del barrio auguraron de semejante acontecimiento graves trastornos en nuestro globo sublunar.

Yo quisiera saber qué se hace un hombre cuando le sobra la vida, quiero decir, cuando tiene delante de sí seis horas que acostumbraba á prescindir de su imaginacion entre los extractos y los informes. ¿Oír misa? Don Homobono tenia la costumbre de asistir á la primera de la mañana, y por consecuencia ya la habia oido. ¿Sentarse en una librería? En su vida habia entrado en ninguna, mas que una vez cada año para comprar el calendario. ¿Pararse en la calle de la Montera? Todos los actores de aquel teatro le eran desconocidos. ¿Entrar en un café? ¿qué se diria de la formalidad de nuestro héroe? No habia, pues, mas remedio que ir á dar tormento á una silla en casa de algun amigo, y por cuanto y no este amigo en quien recayó la eleccion fue desgraciadamente un servidor de ustedes.

Dejo á un lado mi natural estrañeza por semejante visita y á tales horas; prescindiré tambien, en gracia de la brevedad, de la apasionada relacion de su cuita que me hizo el buen don Homo; estas cosas son mejor para escuchadas que

para escritas, y acaso en mi pluma parecerian pá-
lidos y sin vida razonamientos que en su boca
iban acompañados de todo el fuego del senti-
miento. Dejando, pues, á un lado estas hipérboles
que cada uno de los lectores (y mas si es cesante)
sabr  suplir abundantemente, vendremos á lo
mas sustancial de nuestro diálogo, quiero decir, á
aquella parte que tenia por objeto demandar con-
sejo y formar planes de vida para lo sucesivo.

Cosa bien difícil, por no decir imposible del
todo, es dar nueva direccion   un tronco anti-
guo, y cambiar la ecsistencia de un ser humano,
cuando ya los años han hecho de la costumbre
la condicion primera del vivir.  Qu  podia yo
aconsejar á nuestro buen cesante en este sentido,
aun cuando hubiera llamado á mi auxilio todas
las disertaciones de los filósofos antiguos (que no
fueron cesantes), y de los modernos, que no sa-
brian serlo?

Semejante al pez á quien una mano inhumana
arrancó de su elemento, pugnaba el desgraciado
con la esperanza de volver á sumergirse en él;
ideaba nuevas pretensiones; recorria la nomencla-
tura de sus amigos y de los mios, por si alguno
podia servirle de apoyo en su demanda; tra a   la
memoria sus olvidados servicios   todos los gobier-
nos posibles; y ya se preparaba   visitar antesalas,
y gastar papel sellado; pero yo, que le contem-
plaba con tranquilidad; yo, que miraba su casacon
y su peluca visiblemente retrógrados y opuestos,

como quien nada dice, á la marcha del siglo; yo, que sabia que su delito capital era el ocupar una placita que habia caido en gracia para darla por via de dote con una blanca mano al jóven barbudo; yo, en fin, que consideraba lo inútil de todas las diligencias, lo escusado de todas las fatigas del buen viejo, traté de disuadirle, no sin grave dificultad, ofreciendo á su imaginacion otras perspectivas mas gratas que los desaires del ministro y las groserías de los porteros.

Habléle de las dulzuras de la vida doméstica, de la independenciam en que entraba de lleno al fin de sus dias; hícele una pintura Virgiliana de los placeres de la vida del campo, escitándole á abandonar la corte, esta colonia de los vicios (como decia el buen cortesano Argensola), y á pasar tranquilamente el resto de su vida cultivando sus campos, ó inspeccionando sus ganados. Pero á todo esto me contestó con algunas pequeñas dificultades, tales como que no tenia campos que cultivar, ni ganados que poder dirigir; que solo contaba con una muger altiva y ecsigente, con unos hijos frívolos y mal educados, con una bolsa vacía, con algunos amigos egoistas, con necesidades grandes, con esperanza ninguna.

— Pues escriba usted (le dije como inspirado), y gane con la pluma su sustento y su reputacion. — ¡Escribir, escribir! (me interrumpió el pobre hombre) ¿usted sabe el trabajo que me cuesta el escribir? ¿usted sabe que el dia que mejor

¿tengo el pulso, podría con dificultad concluir un pliego de líneas anchas y de letra redonda, de la que ya por desgracia no está en moda? Y luego al cabo de este trabajo ¿qué me resultaría de ganancia? Una peseta, como quien dice, todo lo mas, y esto... (prosiguió derramando una lágrima), despues de humillarme y... — Calle usted por Dios (le interrumpi), calle usted, pues, y no prosiga en delirio semejante. Cuando yo le aconsejaba escribir no fue mi idea el que se metiese á escribiente; nada de eso, no señor. Mi intencion fue elevarle á la altura de escritor público, á esta que ahora se llama "alta mision de difundir las luces," "público tribunado de la multitud," "apostólica tarea de los hombres superiores," y otros dictados asi, mas ó menos modestos. Y en cuanto al contenido de sus escritos, eso me daba que fuesen propios ó cuyos, parto de su imaginacion ó adopciones benéficas; que no sería usted el primero que en esta materia se vistiese de prendería; y sepa que las hay literarias y políticas, donde en un santiamen cualquier hombre honrado puede encontrar hecho el ropage que mas cuadre á su talle y apostura.

— En medio de muchas cosas que se me han escapado, creo haber llegado á entender (me replicó don Homobono), que usted me aconseja que publique mis pensamientos. — Cabalmente. — Está bien, señor Curioso; y ¿sobre qué materia párecele á usted que me meta á escribir? — Pre-

gunta escusada, señor mio, sabiendo que hoy día como no sea yo y algun otro pobre diablo, nadie se dedica á otras materias que no sean las materias políticas. — Pero es el caso, señor Curioso, que yo no sé qué cosa sea la política. — Pues es el caso, señor don Homobono, que yo tampoco. — ¡ Medrados quedamos...!

Despues de un rato de silencio contemplativo, nos miramos ambos á las caras como buscando el medio de añadir el roto hilo de nuestro diálogo, hasta que yo, dándole una palmada en el hombro, le dije con tono solemne y decidido. — Haga usted la oposicion. — ¿Y á qué, señor Curioso, si usted no lo ha por enojo? — ¡ Buena pregunta por cierto! *Al poder.* — Cada vez le entiendo á usted menos. Si usted me habla de oposicion pública, es bien que le diga que este destino mio (que Dios haya) no es de los que suelen darse por oposicion como las cátedras y prebendas. — O usted, don Homobono, no conoce una sola voz del diccionario moderno, ó yo me esplico en hebreo... Hombre de Barrabás, ¿de qué oposiciones me está usted hablando? La oposicion que yo le aconsejo es la oposicion política, la oposicion ministerial, que segun los autores mas esclarecidos, suele dividirse en dos clases: oposicion *sistemática* y oposicion *de circunstancias*; quiero decir (porque segun los ojos y la boca que usted va abriendo veo que no me entiende una palabra), quiero decir que usted debe de hoy mas

constituirse en fiscal, acusador, contrincante, denunciador, y opuesto á todos los altos funcionarios (que es á lo que llamamos *el poder*), y añadir el cañon de su pluma al órgano periodístico (que es lo que llamamos *la opinion pública*).

— Y despues de haber hecho todo eso (caso de que yo supiera hacerlo), ¿qué bienes me vendrán con esa gracia? — ¡Qué bienes, dice usted! ¡ahí que no es nada! Desde luego una corona cívica adornará su frente, y podrá contar de seguro con una buena racion de aura popular, cosa de inestimable valor, y sobre lo cual han hablado mucho los filósofos griegos; pero como usted no es filósofo griego, y por el gesto que va poniendo veo que nada de esto le satisface, le añadiré como cosa mas positiva que aun podrá conseguir otros frutos mas materiales y tangibles; que acaso el miedo que llegará á inspirar pueda mas que su mérito; acaso el poder se doblará á su látigo; acaso le tenderá la mano; acaso le asociará á su elevacion y... ¿qué destino tenia usted? — Oficial de mesa de la contaduría de... — ¡Pues qué menos que intendente ó covachuelo! — ¿De veras? — De veras. — ¡Ay señor Curioso de mi alma! ¿por dónde y cuándo debo empezar á escribir? — Por cualquiera lado y á todas horas no le faltará motivo; pero supuesto que usted ha sido empleado durante treinta años, con solo que cuente sencillamente lo que en ellos ha visto, le sobra materia para mas de un tratado de política.



ca sublime, de perpetua y ejemplar aplicacion.— Usted me ilumina con una idea feliz; ahora mismo vuelo á mi casa y... ya me falta el tiempo... ¡ah...! se me olvidaba preguntar á usted ¿qué título le parece á usted que podría poner á mi obra? — Hombre, segun lo que salga.

“Si sale con barbas, sea san Anton,
y sino, la pura y limpia Concepcion.”

Pero segun le miro á usted paréceme que á su folleto, libro ó cronicon, ó lo que sea, no le cuadraria mal el titulillo de *Memorias de un cesante*. — Cosa hecha (dijo levantándose mi interlocutor y estrechándome la mano), cosa hecha, y antes de quince dias me tiene usted aqui á leer el borrador; y como Dios nuestro Señor (añadió entusiasmado) quiera continuarme el fuego que en este instante me inspira, creo, señor Curioso, que no se arrepentirá usted de haber proporcionado á la patria un publicista mas.



El alquiler de un cuarto.



«Las riquezas no hacen rico ; mas ocupado ;
no hacen señor ; mas mayordomo.

Celestina.

A los que acostumbran mirar las cosas solo por la superficie, suele parecerles que no hay vida mas descansada ni exenta de sinsabores que la de un propietario de Madrid. Envidiando su suerte, entienden que en aquel estado de bienaventuranza nada es capaz de alterar la tranquilidad de tan dichoso mortal, al cual (segun ellos) bástale solo saber las primeras reglas de la aritmética para recibir puntualmente y á plazos periódicos y seguros el inagotable manantial de su propiedad. — “¡Si yo fuera propietario (dicen estos tales) qué vida tan regalona habia de llevar! De los treinta dias del mes los veinte y nueve los pasaria alternando en toda clase de placeres en el campo y en la ciudad, y solo doce veces al año dedicaria algunas horas á recibir el tributo que mis arrendatarios llegarían á ofrecerme. Tanto de este, tanto del otro, cuanto del de mas allá ; suman tanto... ; bien puedo descansar y

divertirme, y reir por el día, y roncar por la noche, y compadecerme de la agitacion del mercader, y de la dependencia del empleado, y del estudio del literato, y de la diligencia del médico, y del trabajo, en fin, que todas las carreras llevan consigo." —

Esto dicen los que no son propietarios: escuchemos ahora á los que lo son; pero no los escuchemos, porque esto sería cuento de no acabar; mirémosles solamente hojear de continuo sus libros de caja para ajustar á cada inquilino su respectivo *debe y haber* (porque un propietario debe saber la teneduría de libros y estar enterado de la partida doble); veámosle correr á su posesion, y llamar de una en otra puerta con aire sumiso y demandante, y recibir por toda respuesta un "No está el amo en casa." — "Vuelva usted otro día." — "Amigo, no me es posible; los tiempos... ya ve usted cómo estan los tiempos..." — "Yo hace veinte días que no trabajo." — "A mí me estan debiendo ocho meses de mi viudedad." — "Yo estoy en enero." — "Yo en octubre de 36." — Pues yo, señores míos (dice el propietario), estoy en diciembre de 1840 para pagar adelantadas las contribuciones, con que si ustedes no me ayudan... — Otros la toman por diverso estilo... — "Oiga usted, señor casero, en esta casa no se puede vivir de chinches; es preciso que aqui ponga cielo raso." — Yo quiero que me blanquee usted el cuarto." — "Yo que me desatasque usted el comun."

— “Yo que me ensanche la cocina.” — “Yo que me baje la buardilla.”

Mirémosle, pues, regresar á su casa tan lleno el pecho de esperanzas, como vacío el bolsillo de realidades, y dedicarse luego profundamente á la lectura del Diario y la Gaceta (porque un propietario debe ser suscriptor nato á ambos periódicos) para instruirse convenientemente de las disposiciones de la autoridad sobre policía urbana, y saber á punto fijo cuándo ha de revocar su facha-da, cuándo ha de blanquear sus puertas, cuándo ha de arreglar el pozo, cuándo ha de limpiar el tejado; ó bien para estudiar los decretos concer-nientes á contribuciones ordinarias y estraordina-rias, y calcular la parte de propiedad de que aun se le permite disponer. Veámosle despues consul-tar los libros forenses, la Novísima recopilacion y los autos acordados (porque un propietario de-be ser legista teórico y práctico), con el objeto de entablar juicios de conciliacion y demandas de des-pojo. Escuchémosle luego defender su derecho an-te la autoridad (porque el propietario debe tam-bien ser elocuente), para convencerla de que el medianero debe dar otra salida á las aguas, ó que el inquilino tiene que acudirle con el pago pun-tual de sus alquileres, cosa que de puro desusa-da ha llegado á ponerse en duda. Oigámosle mas adelante dirimir las discordias de los vecinos so-bre el farol que se rompió, el chico que tiró pie-dras á la ventana de la otra buardilla, el perro

que no deja dormir á la vecindad, el zapatero que se emborracha, la muger del sastre que recibe al cortejo, el albañil que apalea á su consorte, el herrador que trabaja por la siesta, la vieja del entresuelo que protege á la juventud, el barbero que cortó la cuerda del pozo, y otros puntos de derecho vecinal, para resolver sobre los cuales, es preciso que el propietario tenga un espíritu conciliador, un alma grande, una capacidad electoral, una presencia magestuosa, actitudes académicas, sonora é imponente voz. Por último, veámosle entablar diálogos interesantes con el albañil y el carpintero, el vidriero y el soldador, y disputar sobre *panderetes*, y *bajadas*, y *crujías*, y *solarones*, y *emplomados*, y *rasillas*, y nos convenceremos de que el propietario tiene que saber por principios todos aquellos oficios, y encerrar en su cabeza todo un diccionario tecnológico; y cuenta, que esto no ha de salvarle de repartir por mitad con aquellos artífices el líquido producto de su propiedad.

Pero en ninguno de los casos arriba dichos ofrece tanto interes al espectador la situacion de nuestro propietario, como en el acto solemne en que va á proceder á *el alquiler de un cuarto*.

Figurémonos un hombre de cuatro pies, aunque sustentándose ordinariamente en dos; frisando en la edad de medio siglo; rostro apacible, sereno y vigorizado por cierto rosicler... el rosicler que infunde una bolsa bien provista; los ojos vi-

vos, como del que sabe estar alerta contra las seducciones y las estafas; las narices pronunciadas, como de hombre que acostumbra á oler de lejos la falta de pecunia; la frente pequeña, señal de perseverancia; los labios gruesos y adelantado el inferior, en muestra de grosería y avaricia; las orejas anchas y mal conformadas para ser sensibles á los encantos de la elocuencia; y amenizado el resto de su persona con un cuello toril en diámetro, y tan corto de talla que la punta de la barba viene á herirle la paletilla; con unos hombros atléticos; con una espalda como una llanura de la Mancha; con unas piernas como dos guardacantones; y colocada sobre entrambas una protuberante barriga como la muestra de un reloj sobre dos columnas, ó como un caldero vuelto del revés, y colgado en una espetera.

Envolvamos esta fermentada estampa en siete varas de tela de algodón, cortada á manera de bata antigua; cubramos sus desmesurados pies con anchas pantuflas de paño guarnecidas de pieles de cabrito; y coloquemos sobre su cabeza un alto bonete de terciopelo azul bordado de pájaros y de amapolas por las diligentes manos de la señora propietaria. Coloquémosle así ataviado en una profunda silla de respaldo, con la que parece indentificada su persona, según la gravedad con que en ella descansa; haya delante un espacioso bufete de forma antigua, profusamente adornado de legajos de papeles y títulos de pergamino, ani-

males bronceados y frutas imitadas en piedras, manojos de llaves, y padrones impresos; y ataviemos el resto del *estudio* con un reloj alemán de longanísima caja, un estante para libros, aunque vacío de ellos, dos figuras de yeso, unas cuantas sillas de Vitoria y un plano de Madrid de colosales dimensiones. Y ya imaginado todo esto, imaginémonos también que son las ocho de la mañana, y que nuestro casero, después de haber dado fin á sus dos onzas de chocolate, abre solemnemente su audiencia á los postulantes que van entrando en demanda de la habitacion desalquilada.

Buenos dias, señor administrador. — Dueño, para servir á usted. — Por muchos años. — ¿En qué puedo servir á usted? — En poca cosa. Yo, señor dueño, acabo de ver una habitacion perteneciente á una casa de usted en la calle de... y si fuera posible que nos arreglásemos, acaso podria convenirme dicha habitacion. — Yo tendria en ello un singular honor. ¿Ha visto usted el cuarto? ¿le han instruido á usted de las condiciones? — Pues ahí voy, señor casero, yo soy un hombre que no gusta de regatear; pero habiéndome dicho que el precio es de diez reales diarios, páreceme que no estaria demas el ofrecer á usted seis con las garantías necesarias. — Conócese que usted gusta de ponerse en la razon; pero como cada uno tiene las suyas, á mí no me faltan para haber puesto ese precio á la habitacion. — Pero

ya usted se hace cargo de la calle en que está; si fuera siquiera en la de Carretas... — Entonces probablemente la hubiera puesto en quince reales. — Luego la sala es pequeña y con solo un gabinete; si tuviera dos... — Valdria ciertamente dos reales mas. — La cocina oscura y... — Es lástima que no sea clara, porque entonces hubiera llegado al duro. — El despacho es pequeño y los pasillos... — En suma, señor mio, yo por desgracia solo puedo ofrecer á usted el cuarto tal cual es, y como antes dijo que le acomodaba... — Sí; pero el precio... — El precio es el último que ha rentado. — Mas ya usted ve, las circunstancias han cambiado. — Las casas no. — Los sueldos se han disminuido. — Las contribuciones se aumentan. — Los negocios estan parados. — Los albañiles marchan. — ¿Con que es decir que no nos arreglamos? — Imposible. — Dios guarde á usted. — Dios guarde á usted... Entre usted, señora.

Beso á usted la mano. — Y yo á usted los pies. — Yo soy una señora viuda de un capitán de fragata. — Muy señora mia; mal hizo el capitán en dejarla á usted tan jóven y sin arrimo en este mundo pecador. — Sí señor, el pobrecito marchó de Cádiz para dar la vuelta al mundo, y sin duda hubo de darla por el otro, porque no ha vuelto. — Todavía no es tarde... ¿y usted, señora mia, trata de esperarle en Madrid por lo visto? — Sí señor; aqui tengo varios parientes de distincion, el conde del Cierzo, la marquesa de

las siete Cabrillas, el baron del Capricornio y otros varios personajes que no podrán menos de ser conocidos de usted. — Señora, por desgracia soy muy terrestre y no me trato con esa corte celestial. — Pues como digo á usted, mi prima la marquesa y yo hemos visto el cuarto desalquilado, y lo que ella dice, para tí que eres una persona sola, sin mas que cinco criados... aunque la casa no sea gran cosa... — ¡Y el precio, señora, qué le ha parecido á mi señora la marquesa? — El precio será el que usted guste, por eso no hemos de regañar. — Supongo que usted, señora, no llevará á mal que la entere como forastera de los usos de la corte. — Nada de eso, no señor; yo me presto á todo... á todo lo que se use en la corte. — Pues señora, en casos tales, cuando uno no tiene el honor de conocer á las personas con quien habla, suele ecsigirse una fianza y... — ¿Habla usted de veras? ¡Y yo, yo, doña Mencía Quiñones, Rivadeneira, Zúñiga de Moron, habia de ir á pedir fianzas á nadie? ¡y para qué? ¡para una fruslería, como quien dice, para una habitacioncilla de seis al cuarto que cabe en el palomar de mi casa de campo de Chiclana? Como soy, señor carsero, que eso pasa ya de incivilidad y grosería, y siento haber venido sola y no haberme hecho acompañar siquiera por mi primo el freire de Alcántara, para dar á conocer á usted quién yo era. — Pues señora, si usted, á Dios gracias, se halla colocada en tan elevada esfera, ¡qué trabajo

puede costarle el hacer que cualquiera de esos señores parientes salga por usted? — Ninguno, y á decir verdad no desearian mas que poder hacerme un favor; pero... — Pues bien, señora, propóngalo usted y verá cómo no lo estrañan, y por lo demas supuesto que usted es una señora sola... — Sola, absolutamente; pero si usted gusta de hacer el recibo á nombre del caballero que vendrá á hablarle, que es hermano de mi difunto, y suele vivir en mi casa las temporadas que está su regimiento de guarnicion... — ¡Ay, señora, pues entonces me parece que la casa no la conviene, porque como no hay habitaciones independientes... luego tantos criados... — Diré á usted; los criados pienso repartirlos entre mis parientes y quedarme sola con una niña de doce años. — Pues entonces ya es demasiada la casa, y aun paréceme, señora, que la conversacion tambien. —

A este punto llegaban de ella, cuando entra el criado con una esquila de un amigo rogando á nuestro casero que no comprometiera su palabra, y reservase el cuarto para unos señores que iban á llegar á Madrid: con esta salvaguardia el propietario despacha á la viudita, pero sigue recibiendo á los que vienen despues; entre ellos un empleado de quien el diestro propietario se informa cuidadosamente sobre el estado de las pagas, y compadeciéndose con el mayor interes de que todavía le tuviesen en enero, le despacha con la mayor cordialidad; despues acierta á entrar un